

TEMAS DE ACTUALIDAD

Luis Quintanilla, Ignacio García Téllez, Jorge Carrión  
Francisco Martínez de la Vega y Alonso Aguilar M.

# VIETNAM

## CRIMEN DEL IMPERIALISMO



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

**Colección: Temas de Actualidad**

Primera edición, 1968

Derechos reservados conforme a la ley

© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.

Domicilio provisional: Cleveland 61

México 18, D. F.

Impreso y hecho en México

*Printed and made in Mexico*

Las fotografías que aparecen en la portada y en la contraportada de este libro, fueron tomadas de la publicación *Por qué*, No. 3, de marzo 27 de 1968, con la autorización de la misma.

# **VIETNAM**

**CRIMEN DEL IMPERIALISMO**

Luis Quintanilla  
Ignacio García Téllez  
Jorge Carrión  
Francisco Martínez de la Vega  
Alonso Aguilar Monteverde

**E D I T O R I A L**  
**NUESTRO TIEMPO, S. A.**

## ÍNDICE

	<i>Págs.</i>
PRESENTACIÓN	6
CARTA DEL GRAL. LÁZARO CÁRDENAS AL PRESIDENTE HO CHIH MINH	9
CRONOLOGÍA DE LAS AGRESIONES A VIETNAM (Del siglo 213 A.C. al 3 de abril de 1968)	11
<i>Luis Quintanilla</i>	
1. ESTADOS UNIDOS Y VIETNAM	30
<i>Ignacio García Téllez</i>	
2. LAS VIOLACIONES AL DERECHO INTERNACIONAL Y LA POSICIÓN DE MÉXICO	53
<i>Jorge Carrión</i>	
3. LA LUCHA POR LA LIBERACIÓN NACIONAL	83
<i>Francisco Martínez de la Vega</i>	
4. RESPUESTA DE LA CONCIENCIA HUMANA	102
<i>Alonso Aguilar Monteverde</i>	
5. LA CAUSA DE VIETNAM ES LA NUESTRA	112
APÉNDICE, EXPRESIONES DE LA CONDENA UNIVERSAL	137

## LA CAUSA DE VIETNAM ES LA NUESTRA

---

por ALONSO AGUILAR M.

Desde hace varios años el nombre de Vietnam se repite a cada momento por la prensa y las agencias internacionales de información. En las grandes capitales: París y Moscú, Londres y Nueva York, Tokio y Pekín, los incidentes de la extraña y cruenta guerra que allí se libra se siguen de cerca y paso a paso, y son con frecuencia objeto de atención pública en los más altos círculos gubernamentales. En la propia América Latina, pese a que todavía vive al margen de muchos acontecimientos mundiales, lo que ocurre en el pequeño y lejano país del sudeste asiático empieza a pasar, de las frías y a menudo rutinarias secciones de cables internacionales a la conciencia indignada de los sectores políticamente más maduros del pueblo. Pero el proceso de asimilación es lento y, aunque no faltan grupos de estudiantes, obreros e intelectuales que suelen dejar constancia de su repudio a la guerra de Vietnam, las grandes masas siguen sin percatarse de la gravedad del hecho y al hombre de la calle poco le dicen nombres tan enigmáticos y difíciles de retener como Quang Nam, Bien Hoa, Tan Son Nhut, Gia Dinh o Khe Sanh, y menos le es fácil comprender lo que acontece en Vietnam: por qué ha enviado Estados Unidos a centenares de miles de soldados a ese rincón de Asia, por qué una guerra que no cuenta con la simpatía de nadie parece interminable y qué es lo que tal guerra significa para nosotros, para los mexicanos, y los latinoamericanos en general.

Si bien del conflicto se habla y escribe todos los días y cada vez son más quienes conocen y se conmueven ante la lucha heroica

del pueblo de Vietnam, la mayoría de la gente no siente el problema, o si se prefiere, lo siente como algo remoto, impreciso, ajeno. Y ello es comprensible. Muchos mexicanos no saben con precisión en dónde está Vietnam, con qué países colinda y cuál ha sido su dramática historia. No saben qué originó la guerra ni qué es lo que legítimamente reclama el pueblo vietnamita. Acaso ni siquiera conocen la dimensión que esa guerra ha alcanzado o cuáles pueden ser sus consecuencias más directas, inmediatas y graves. Es aún tan poca la comprensión en torno a la tragedia de Vietnam, que hace apenas unos meses, cuando el Tribunal creado a iniciativa de Bertrand Russell para investigar sobre los posibles crímenes cometidos en ese país era ya centro de atención y comentarios en todas partes, oí casualmente a un estudiante universitario expresar: ¿Qué nos importa a los mexicanos lo que pasa en Vietnam, cuando tenemos aquí tantos problemas no resueltos?" y, conforme a esa estrecha y mezquina concepción, según la cual cada quien debe ocuparse exclusivamente de "lo suyo", el estudiante, en actitud desdeñosa, dió la espalda a un cartel alusivo a la guerra de Vietnam, y subrayó que nada teníamos que ver con lo que ocurre en un país situado a miles de kilómetros del nuestro. Cuando así piensan, incluso jóvenes universitarios, ¿cómo no ha de ser explicable que quienes sólo tienen a su alcance la versión de que Estados Unidos ayuda generosamente al gobierno "democrático" de Saigón, no se sientan afectados por lo que pasa en Vietnam?

\* \* \*

Lo primero que debemos comprender es que la guerra de Vietnam es una guerra en serio, una guerra cuyo poder destructivo es cada vez mayor. No se trata de un episodio más de la guerra fría, de una escaramuza militar sin importancia, ni de un conflicto en el que una gran potencia, como es Estados Unidos, haya lanzado a unos cuantos millares de "marines" a "proteger los intereses de los inversionistas norteamericanos", como tantas veces ha acontecido en Latinoamérica. Ciertas informaciones suelen dar la impresión de que el ejército estadounidense no se ha empleado a fondo en Vietnam, y de que más bien han sido pequeñas unidades las que, moviéndose ágilmente de un lado a otro, han tenido que enfrentarse a pequeños grupos de guerrilleros cuya fuerza militar es siempre inferior y que, en consecuencia, difícilmente pueden causar a

las tropas norteamericanas daños y bajas considerables. La verdad es que la guerra se extiende peligrosamente cada día más y que el precio que ya ha impuesto en recursos materiales y en sacrificios humanos es enorme.

La intervención militar de Estados Unidos en Vietnam se inició abiertamente en 1960. Hasta entonces, aunque la violencia estuvo siempre presente, fueron el ejército y los cuerpos represivos del gobierno de Saigón los que se hicieron cargo de la situación. Mas a partir de ese año Estados Unidos empezó a enviar sus propios hombres. A fines de 1960 reconoció estar ayudando al régimen de Ngo Dinh Diem con 685 "asesores militares", número que doce meses después se había duplicado. Al concluir 1962 los "asesores" o "consejeros" yanquis eran unos 7 000; en 1963 llegaban a 17 000 y un año más tarde a 22 000. En 1965 el gobierno de Washington abandonó su estrategia inicial y asumió directamente la responsabilidad de la guerra, alcanzando sus fuerzas militares, en unos cuantos meses, la cifra sin precedente de 187 000 hombres. En 1966 tales fuerzas eran ya de cerca de 300 000, y a principios de 1968 se estimaban en más de medio millón, a los que habría que añadir 70 000 de la Séptima Flota y 12 000 correspondientes a las bases militares instaladas por Estados Unidos en Tailandia, que fundamentalmente han servido para atacar las Zonas Norte y Sur de Vietnam. Y como al lado de ese ejército de aproximadamente 600 000 soldados, combaten otro medio millón de vietnamitas y alrededor de 50 000 hombres más, procedentes de Corea del Sur, Australia, Nueva Zelanda y otros países, puede concluirse que, en estos momentos, del lado de Estados Unidos luchan más de 1 200 000 hombres en Vietnam, con los equipos bélicos más modernos.

Las fuerzas propiamente norteamericanas comprometidas en el conflicto representan por sí solas un ejército poderoso, comparable a algunos de los que participaron en las dos guerras mundiales del presente siglo. Se estima que Estados Unidos está empleando en Vietnam la cuarta parte de su poderío naval, la tercera parte de su fuerza aérea y la mitad de su infantería. "Lo que los norteamericanos tienen a su disposición —escribía recientemente el general israelí Moshe Dayán, después de un recorrido por la zona sur de Vietnam, adonde fue invitado por oficiales norteamericanos— es todo lo que un comandante [no norteamericano] podría imaginar sólo en sueños: helicópteros para mover sus hombres a cualquier lugar, tropas listas para entrar en acción, apoyo de la aviación y

la artillería, equipos, municiones y combustibles, todo en medida virtualmente imaginaria . . . y todavía, hasta hoy, —agregaba— no pueden ganar.”<sup>1</sup>

Aparte de trece bases militares, entre las que destaca la establecida en la Bahía de Cam Ranh, que cuenta con dos grandes pistas aéreas y 50 000 hombres, Estados Unidos dispone de más de 85 bases adicionales de menor importancia en el sur de Vietnam. A fines de 1965, en cada kilómetro cuadrado de territorio ocupado había más de 50 soldados yanquis; a principios de 1968, la cifra era ya de alrededor de 100.

Abundan los datos que muestran que la intensidad del esfuerzo bélico norteamericano es cada vez mayor. Hace todavía poco tiempo se hablaba de que Estados Unidos destinaba a la guerra de Vietnam unos 10 000 millones de dólares anuales; después se ha mencionado la cifra de 24 000 millones, y a últimas fechas se ha señalado que dicho gasto absorbe ya probablemente más de 30 000, o sea unos 83 millones de dólares diariamente, 83 millones contra la insignificante suma que la propia Norteamérica presta en el mismo lapso a los países de América Latina, dizque para acelerar su progreso económico. Y si en términos de dólares resulta alarmante la intensidad de la intervención de Estados Unidos en Vietnam, medida en otros indicadores, como por ejemplo el número de bombardeos, es aún más impresionante, pues tan solo en 1966 Vietnam fue el blanco de 72 misiones de bombardeo cada 24 horas, o sea de unos 26 000 ataques aéreos, y de más de 600 000 toneladas de explosivos.

¿Qué significa esa increíble dosis de violencia en daños causados al pueblo de Vietnam? Aunque a medida que cunde la destrucción se vuelve cada día más difícil cuantificarlos, hay algunas cifras, tan dramáticas como elocuentes. En abril de 1965, el delegado de Vietnam a la reunión de la presidencia del Consejo Mundial de la Paz, celebrada en Estocolmo, informaba que lo hecho por Estados Unidos en los once años previos podía sintetizarse así:

- 160 000 ataques armados pequeños y grandes . . . ,
- cerca de 170 000 personas asesinadas . . . ,
- unos 800 000 heridos o enfermos a consecuencia de las torturas,

<sup>1</sup> Revista *Cuba*, número especial dedicado a Vietnam, La Habana, junio de 1967.

- más de 400 000 personas privadas de su libertad en centenares de prisiones,
- decenas de miles de mujeres violadas . . . ,
- numerosas ciudades enteramente destruidas . . . ,
- más de cinco millones de personas deportadas en 8 000 campos de concentración bautizados como . . . “aldeas estratégicas”,
- grandes cantidades de productos químicos derramados sobre vastos territorios, que han afectado centenares de miles de hectáreas de cosechas y frutales . . . y decenas de miles de personas . . . ,
- miles de pagodas, iglesias y lugares santos destrozados . . .”<sup>2</sup>

Después de 1965, el saldo de sangre ha sido aún mayor. Con el pretexto de bloquear las “rutas de infiltración” desde el norte de Vietnam, el ejército norteamericano ha hecho minar los ríos, ha intensificado el bombardeo naval de las áreas costeras, ha ametrallado el norte del paralelo 17 e intensificado sus ataques sobre la zona desmilitarizada.<sup>3</sup> El periodista suizo Fernand Gigon denunció, en 1965, la destrucción de aldeas y cosechas de arroz y el lanzamiento de bombas incendiarias sobre seres humanos, comentando que entre los propios pilotos norteamericanos se escuchaba la expresión: “Esto ya no es una guerra, es genocidio.”<sup>4</sup>

¿Y a qué obedece que la aviación norteamericana haya convertido los campos y escuelas, hospitales e iglesias en objetivos militares? Ni los propios pilotos yanquis lo saben. Burchett relata que, al preguntar a varios de ellos sobre el origen de esa práctica criminal, encontró esta respuesta: “. . . usted conoce el viejo dicho: a nosotros no nos toca saber por qué. Nos toca actuar y morir.” Y al insistir el periodista en que se atacaban objetivos no militares, el mismo oficial comentó: “Bueno, si eso es cierto . . . y usted dice que lo ha visto . . . , estoy seguro de que los pilotos sin duda creen que los objetivos son militares . . .” “No puedo imaginarme a un piloto norteamericano atacando una aldea o un hospital.”<sup>5</sup> Pero la

<sup>2</sup> Presidencia del Consejo Mundial de la Paz, *Sesión extraordinaria dedicada a Vietnam*, Estocolmo, 24, 25 de abril de 1965, p. 12.

<sup>3</sup> Véase: Wilfred G. Burchett, *Habla Vietnam del Norte*, prólogo a la edición cubana, La Habana, 1967.

<sup>4</sup> *Les Américains Face au Vietcong*, París, 1965, pp. 151-52. Cit. por Burchett, *ob. cit.*, p. 34.

<sup>5</sup> Wilfred G. Burchett, *ob. cit.*, p. 38.

realidad ha rebasado la imaginación de algunos pilotos, y ante la fuerza incontrastable de los hechos el Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra, convocado por Lord Russell, al plantearse la misma pregunta de si ha habido bombardeos de objetivos de carácter puramente civil, ha respondido por unanimidad: "Sí, comprobamos que el gobierno y las fuerzas armadas de los Estados Unidos son responsables de extender, deliberada y sistemáticamente los bombardeos a objetivos civiles, incluyendo . . . hogares, aldeas, represas, diques, animales domésticos, hospitales, sanatorios, . . . escuelas, iglesias, pagodas, monumentos culturales e históricos."<sup>6</sup>

Una y otra vez se ha denunciado el carácter ilegal o, dicho de un modo jurídicamente más estricto, criminal, de la conducta del ejército norteamericano. "Los presos —escribe Malcolm Browne— son a veces castrados o cegados. En numerosas ocasiones un sospechoso vietcong fue arrastrado, después de ser interrogado, detrás de un vehículo . . . en medio de los arrozales . . .<sup>7</sup> El propio *The New York Times*, del 25 de abril de 1965, informaba que: "Otro sistema utilizado corrientemente para obligar a los presos a hablar consiste en arrancarles las uñas o cortar delante de ellos los dedos, las orejas o los órganos genitales de otros presos." La guerra química, iniciada por Estados Unidos desde diciembre de 1958, y extendida en 1961, bajo el llamado "plan de pacificación" Stanley-Taylor, se ha generalizado. Se emplean en ella venenos, productos tóxicos, napalm y fósforo blanco, conforme a la divisa de "quemarlo todo, matarlo todo y destruirlo todo".

"En la forma indiscriminada en que son utilizadas estas sustancias —se declaró recientemente en una reunión científica—, aumentan considerablemente sus efectos fitotóxicos y se convierten en verdaderas armas de terror." En la misma ocasión se acordó denunciar ante el mundo la comisión del gravísimo delito de genocidio, porque los medios empleados por el imperialismo en Vietnam han sido esencialmente:

- el uso del napalm, contra la población civil;
- la destrucción sistemática de la fauna y la flora;
- el bombardeo masivo de fábricas y almacenes de víveres, diques y represas;

<sup>6</sup> Fernando Alvarez Tabío, "El Tribunal Internacional de Crímenes de Guerra", en *Política Internacional*, año 5, nº 18, La Habana, segundo trimestre de 1967.

<sup>7</sup> *The Face of War*, cit. en *Cuba*, número especial sobre Vietnam, p. 15.

- el incendio de hospitales y escuelas;
- el sometimiento del pueblo de Vietnam a condiciones inhumanas de vida; y
- el empleo de aviones supersónicos con cohetes de alto poder destructivo para el ametrallamiento indiscriminado...<sup>8</sup>

No exageraba el general Matthew B. Ridgway al decir: "Tengo la firme creencia de que no hay nada en la situación actual ni en nuestro código de conducta que nos exija bombardear una pequeña nación asiática hasta hacerla volver a la Edad de Piedra..."<sup>9</sup>

Pero la gravedad de la guerra no puede aquilatarse si sólo se tiene presente lo que sucede en Vietnam. Con todo y ser enormes los daños causados al pueblo vietnamita, la situación creada por Estados Unidos rebasa con mucho el ámbito nacional. Vietnam es, desde luego, el objetivo principal y la víctima directa de la agresión, mas la estrategia del "escalamiento" entraña un peligro inminente para Tailandia, Laos y Camboya; constituye una grave amenaza para China, Birmania y otros países, y es, por encima de todo, la agudización de una estrategia belicista que, en cualquier momento, puede desembocar en una guerra nuclear.

De hecho, Tailandia está ya directamente comprometida en el conflicto. Cifras conservadoras hacían llegar el número de "consejeros militares" yanquis en ese país, desde septiembre de 1966, a "alrededor de 25 000", que según opiniones oficiales norteamericanas, ayudan a combatir las guerrillas que operan en el noreste del país.<sup>10</sup> Y Estados Unidos tiene, además, bases militares en diversas regiones y, en particular, precisamente en el noreste, desde donde resulta más fácil lanzar flotillas de bombardeo sobre Laos y sobre la zona norte de Vietnam, que desde las bases situadas en Vietnam del Sur. La amenaza a que se enfrenta Laos es aún mayor, pues desde hace tiempo se halla en lucha abierta contra el imperialismo y en plena efervescencia revolucionaria. Y aunque las hipócritas "palomas" de Washington han favorecido hasta hoy una política que no

<sup>8</sup> *Primer simposium contra el genocidio en Vietnam*, La Habana, julio 21-22 de 1966, pp. 290 y 293.

<sup>9</sup> *Look*, abril 5 de 1966.

<sup>10</sup> Tal fue lo declarado por William P. Bundy, Secretario Auxiliar de Estado para Asuntos del Lejano Oriente, en el conocido programa radiofónico norteamericano "*Meet the Press*", el 4 de septiembre de 1966.

lleve de inmediato al enfrentamiento militar con China, los generales del Pentágono y los cada vez más agresivos "halcones" postulan la conveniencia de hacer culminar la línea del "escalamiento" en la intervención en ese país, y de ser preciso, en la guerra contra la Unión Soviética y todas las naciones socialistas.

Con razón ha dicho U Thant a menudo que "estamos en los umbrales de la tercera guerra mundial", de una desastrosa conflagración atómica que sólo un sistema social decadente, que sabe que el día de su muerte se acerca, puede provocar en un raptó de impotencia y de irracionalidad extrema. Y, naturalmente, los estrategas nucleares del imperialismo no piensan ya en otro Hiroshima o Nagasaki. Sueñan en una guerra cuya acción devastadora sería infinitamente mayor. La bomba lanzada por Estados Unidos sobre Hiroshima, el 6 de agosto de 1945, produjo la muerte inmediata de 100 000 personas y causó lesiones de diverso grado a otras tantas. Se calcula que esa bomba contenía el equivalente de unas 20 000 toneladas de TNT o lo que es lo mismo, un poder explosivo alrededor de 1 000 veces mayor que el de la más grande empleada en la segunda guerra mundial.<sup>11</sup> Mas ahora hay quienes, como el siniestro e histórico doctor Ralph E. Lapp —en Estados Unidos le llaman "científico"— consideran que, hacia fines de la presente década, Norteamérica podría lanzar contra China 200 fortalezas B-52, cada una de ellas con 2 bombas de 25 megatonnes, lo que aseguraría una descarga total de 10 000 megatonnes y la muerte de 350 000 000 de chinos.<sup>12</sup>

Recordamos al lector que un solo megatón representa 1 000 000 de toneladas de TNT, y que en los seis largos años de la segunda guerra mundial, sin duda la guerra más devastadora que la humanidad ha sufrido, toda la fuerza destructiva empleada fue de tres megatonnes,<sup>13</sup> muchos menos, por cierto, que los 10 000 millones de toneladas que el impaciente y belicoso doctor Lapp querría dejar caer sobre el pueblo chino.

¿Quién, que esté en su juicio, puede así pensar que la guerra de Vietnam y la perspectiva de un ataque a China no nos afecta a los latinoamericanos? Confiar a estas horas en la distancia o hacer descansar la tranquilidad y la paz de un pueblo en el rela-

<sup>11</sup> Véase: Linus Pauling, *No More Wars*, Nueva York, 1958, p. 7.

<sup>12</sup> Véase la revista *Life* del 28 de mayo de 1965, cit. en *I. F. Stone Weekly*, Washington, marzo 14 de 1966.

<sup>13</sup> Linus Pauling, *ob. cit.*, p. 6.

tivo aislamiento de los focos de mayor tensión, implica dejar su destino ante un horizonte de lo más incierto. Tan la distancia no es una protección para nadie, que Vietnam está a miles de kilómetros de Estados Unidos, y sin embargo, es este país, precisamente, el que viola su integridad territorial. Y ni Chile, Brasil o Uruguay, para no decir Colombia, Guatemala o México, están más lejos del Pentágono que Hanoi, Haiphong o Saigón. Creer, por tanto, que el peligro de una guerra nuclear y la acción ofensiva del imperialismo no llegarán a América Latina, equivale a dejar de usar las facultades que distinguen al hombre del avestruz.

El problema, sin embargo —alguien podría objetar— no es el de si la guerra de Vietnam y la política de “escalamiento” hacia una catástrofe nuclear nos afecta o no a quienes vivimos aun en los más apartados rincones de este cada vez más pequeño y convulso planeta: es más bien el de qué hacer frente al peligro y cómo enfrentarse eficazmente a él. O, en otras palabras: cómo poner fin a la guerra y cómo influir, desde lugares tan alejados al escenario en que el conflicto se libra, a que las cosas tomen otra dirección.

El más elemental sentido común haría pensar que lo que se requiere es llegar a un entendimiento entre las partes, negociar, poner sobre la mesa de discusión una fórmula susceptible de servir de base a un acuerdo digno y aceptable para los contendientes. Mas aquí surge una nueva dificultad. Para negociar se necesita, en primer término, estar de acuerdo, por lo menos, en negociar. ¿Y hay siquiera este acuerdo en torno a la guerra de Vietnam? El gobierno norteamericano repite con frecuencia que no hay posibilidad de entendimiento con los comunistas, pero de las declaraciones oficiales de ambas partes parecería desprenderse que sí hay bases para un arreglo. “Nosotros, dijo el presidente Johnson en Baltimore, el 7 de abril de 1965, estamos dispuestos a discutir esta semana, hoy o hasta esta noche.” Los vietnamitas, por su parte, también parecen dispuestos a encontrar una solución pacífica, aunque con toda precisión señalan ciertas condiciones que consideran irrenunciables en cualquier intento de acercamiento, entre las que destaca el retiro inmediato de las tropas de Estados Unidos. El propio gobierno de Washington, en realidad, si bien insiste en su disposición a discutir “sin condiciones”, subraya a menudo la necesidad de que Vietnam del Norte retroceda y deje de intervenir en los asuntos de Vietnam del Sur.

¿Quién tiene razón? Para responder con fundamento es necesario recordar cómo empezó la guerra y comprender qué factores fundamentales explican que aún no termine, pues parece obvio que si no se definen con claridad las causas de esa guerra, será imposible actuar concientemente sobre ellas en busca de un arreglo pacífico eficaz.

La versión oficial norteamericana, como es sabido, es la de que todo empezó cuando los comunistas de Vietnam del Norte comenzaron a infiltrarse con propósitos subversivos en Vietnam del Sur, hasta llegar a la invasión abierta destinada a derrocar al régimen democrático de Saigón, cuya amistad hacia Estados Unidos había sido públicamente reiterada. Tal tesis tiene su origen en toda la política de fuerza y de "contención del comunismo" iniciada desde 1946. Ya en 1954, por ejemplo, Foster Dulles atribuía los tropiezos de Francia en Vietnam a la acción de "agitadores profesionalmente entrenados", que "en gran parte se adiestraban y equipaban en China".<sup>14</sup> En 1961, sin embargo, en un informe oficial estadounidense conocido como *Libro Azul* sobre Vietnam, se declaró que "el patrón básico de la actividad del Vietcong no era, naturalmente, nuevo . . .", "correspondía al usado en Malasia, en Grecia, en las Filipinas, en Cuba y en Laos" (países que no habían sido agredidos por nadie). Pero en 1965, el gobierno de Washington dio un viraje de graves consecuencias y, ahora en un *Libro Blanco*, lanzó oficialmente la teoría de la agresión del Norte, caracterizando el conflicto como "... una nueva forma de agresión... no otra Grecia..., no otra Malasia, no otras Filipinas... Y sobre todo, no una rebelión local y espontánea contra el gobierno establecido".<sup>15</sup> Tal fue la tesis con base en la cual Estados Unidos justificó el envío masivo de tropas y la americanización de la guerra de Vietnam.

Pero las cosas habían sido bien distintas y la supuesta agresión del norte no era sino otra burda mentira, una mentira que empezaría a repetirse, una y otra vez, conforme al consejo de Goebbels: "Mentir, mentir, diez veces, cien, mil veces . . .", hasta hacer creer que es la verdad.

"¿Cómo empezó todo? ¿Cuándo y dónde se hicieron los primeros disparos?" Burchett cuenta que las respuestas más congruentes

<sup>14</sup> Joseph R. Starobin, *Eyewitness in Indochina*, Nueva York, 1954, pp. 173-76.

<sup>15</sup> Felix Greene, *The United States and the War in Vietnam*, Palo Alto, California, 1966, pp. 156-578.

las encontró en un intelectual, Nguyen Huu Tho, actual presidente del FLN.

“Por lo que a Saigón se refiere, tuvimos nuestra primera gran conmoción el 1º de agosto de 1954, doce días después de la firma de los acuerdos de cese el fuego... El 1º de agosto hubo una gran manifestación de júbilo y alegría en Saigón, principalmente para celebrar la firma de los Acuerdos de Ginebra; pero también se aprobaron resoluciones que pedían la inmediata excarcelación de los presos políticos y militares, tal como lo disponían los acuerdos. Las autoridades replicaron con una descarga de fusilería. Varias personas resultaron heridas y una mujer encinta recibió un balazo en el vientre. El que la primera manifestación efectuada en paz y libertad... fuera reprimida brutalmente, obró como un duchazo de agua helada... fue una señal de que el nuevo régimen de Ngo Dinh Diem era sólo un gobierno peleele, igual que el de Bao Dai...”<sup>16</sup>

O sea que, en vez de cumplirse con lo establecido en los Acuerdos de Ginebra, lo que se hizo a partir de 1954 fue tirar por la borda el compromiso de una elección democrática en Vietnam e imponer arbitrariamente un gobierno despótico e incapaz, al que después trató de rodearse de una aureola de legitimidad. El régimen de Diem, el oscuro personaje a quien Lyndon Johnson llamara en 1961: “el Churchill de Vietnam”, nunca tuvo realmente prestigio. En 1960, un economista al servicio del gobierno norteamericano escribía desde Saigón: “... la incompetencia administrativa y la falta de dirección apuntan al eventual colapso de este régimen... el gobierno ha demostrado una enorme capacidad para excluir cualquiera oposición democrática, pero muy poca... para extirpar la actividad subversiva y guerrillera. Una vez más, el Tío Sam ha sido obligado a montar un caballo muerto.” Y en cuanto a reclamar respeto a la supuesta legalidad, ello era tan grotesco—recuerdan Huberman y Sweezy— como adoptar la “lógica del niño que después de haber matado a su madre y a su padre, solicitaba clemencia del juez por ser huérfano.....”<sup>17</sup>

<sup>16</sup> Wilfred G. Burchett, *La guerra de Vietnam*, México, 1965, p. 122.

<sup>17</sup> L. Huberman y P. M. Sweezy, “Vietnam: el camino del desastre”, *Review*, Selecciones en castellano, Buenos Aires, mayo de 1965, p. 7.

La verdad es que “no fue Vietnam del Norte, o siquiera los comunistas locales, sino Ngo Dinh Diem —el Churchill de Mr. Johnson—, quien en última instancia lanzó al país entero a la rebelión”.<sup>18</sup> “La leyenda de una agresión venida del Norte —diría el conservador *Le Monde*—, de la que los norteamericanos se sirven... para encontrar un responsable de sus desgracias, no resiste el análisis...”<sup>19</sup> Desde el momento mismo de la derrota francesa en Dien Bien Phu, fue Estados Unidos el que, en una siniestra y, a la vez, torpe “escalada”, intervino en Vietnam hasta provocar una de las guerras más injustas y devastadoras que se recuerdan, una guerra que la revista *The Nation* ha calificado como “... sucia y cruel, tan sucia y tan cruel como la guerra desatada por el ejército francés contra Argelia, que tanto conmovió la conciencia norteamericana”.<sup>20</sup>

Repetiríamos innecesariamente lo ya dicho por otros de los participantes en este libro, si recordáramos en detalle la secuencia de la agresión norteamericana. Lo que a nosotros nos corresponde es subrayar el hecho de que Estados Unidos fue el único agresor y tratar de entender por qué lo fue y lo sigue siendo. En otros términos, si no fue Vietnam del Norte el que agredió a Vietnam del Sur, sino Estados Unidos el que atacó sin justificación alguna a ambas porciones de un mismo, pequeño y lejano país, ¿por qué lo hizo? ¿Por qué prefirió la intervención directa y del todo ilegal, a las pacíficas elecciones previstas en los Acuerdos de Ginebra?

Se atribuye al general Eisenhower haber dicho, con base en opiniones autorizadas, que “... si se hubieran celebrado las elecciones, posiblemente el 80% de la población habría votado por el comunista Ho Chi Minh”.<sup>21</sup> Los observadores más objetivos coinciden en la misma apreciación: “... los hechos son claros —escribe Green. Esta guerra se inició con una agresión armada norteamericana, con la mira de perpetuar la artificial y transitoria división de Vietnam en dos zonas: norte y sur, en completa violación de los Acuerdos de Ginebra. Y complementariamente, los norteamericanos y su pelee Diem se rehusaron a permitir elecciones libres, como lo habían previsto tales acuerdos, por una razón conocida

<sup>18</sup> Edgar Snow, *The Other Side of the River*, Nueva York, 1961, p. 701.

<sup>19</sup> Consejo Mundial de la Paz, *Sesión extraordinaria dedicada a Vietnam...*, p. 27.

<sup>20</sup> *The Nation*, 19 de enero de 1963.

<sup>21</sup> Véase: *Mandate for Change*, cit. por Felix Greene, *ob. cit.*, p. 132.

de todo el mundo: ...que Ho Chi Minh habría ganado esas elecciones fácilmente".<sup>22</sup>

En 1946, el general De Gaulle creía que Francia restablecería su dominio colonial. "Volveremos a Indochina —decía— porque somos los más fuertes."<sup>23</sup> En efecto, al terminar la segunda guerra Francia era más fuerte que el derrotado Japón, que por unos años logró extenderse hasta la península Indochina. Pero el pueblo de Vietnam era a su vez más fuerte que el ejército francés, como habría de comprobarlo en Dien Bien Phu. Y al frente de ese pueblo, cuyo movimiento de resistencia se conoció desde entonces con el nombre de Vietminh, estaba precisamente Ho Chi Minh, quien en 1954 comandaba ya 100 000 hombres armados y era, sin duda, por su valor, su patriotismo y su entrega total a la lucha anticolonialista, la principal figura política de Vietnam. ¿Quién podía sorprenderse de que un hombre así tuviera que derrotar arrolladoramente a un opaco, débil y pro yanqui, Dinh Diem, que incluso había estado al servicio de los franceses, o a un Cao Ky, a quien al preguntársele quiénes eran sus héroes, diría: "Sólo tengo uno: ¡Adolfo Hitler!"<sup>24</sup>

La misma razón que determinó a Estados Unidos a intervenir desde 1954 y a impedir que se convocara a elecciones en 1956, fue la que lo llevó a comprometerse más y más en la guerra, la que, en las palabras de un *slogan* entonces en boga: *sink or swim with Diem* ("nadar o hundirse con Diem") lo hizo hundirse con él. En 1961 era tal el avance de las fuerzas revolucionarias que Estados Unidos decidió lanzarse de lleno a la invasión; poco tiempo después intensificó el envío de fuerzas armadas como expresión paradójica de un "plan de pacificación", al que siguió la llamada "guerra especial" defendida por McNamara, y al fracasar también esta táctica se recurrió, primero a la provocación contra Vietnam del Norte en la Bahía de Tonkín, y unos meses después, en plena política de "escalamiento" y de diplomacia "al borde de la guerra", al desembarco de "marines" en la base de Da Nang, al bombardeo sistemático de Hanoi y Haiphong y a abrir la fase en que el ejército norteamericano se desplazaría definitivamente a las fuerzas adictas al gobierno de Saigón y se convertiría en el eje principal de la guerra.

<sup>22</sup> Felix Greene, *ob. cit.*, pp. 152-53.

<sup>23</sup> Huberman y Sweezy, "Vietnam: el camino del desastre", p. 6.

<sup>24</sup> Greene, *ob. cit.*, p. 140.

O sea que, si en el primer momento Estados Unidos interviene para evitar que Ho Chi Minh tome el poder, en la última fase del conflicto recurre a la "escalada" porque el gobierno de Saigón, a pesar de contar con un ejército de alrededor de 600 000 hombres, no puede ya sostenerse. Es un gobierno agonizante, en bancarota, minado por la corrupción, sin respaldo popular, y que sólo es capaz de sobrevivir con el apoyo militar de una potencia extranjera.

Con todos estos elementos resulta más fácil entender lo que ocurre en Vietnam. ¿Pero, a qué atribuir el celo, la obstinación enfermiza con que Estados Unidos pretende sostener a ciertas fuerzas en el poder? Supongamos que cayera de inmediato el gobierno de Saigón, ¿en qué se perjudicaría Norteamérica? Tales interrogantes nos vuelven a un problema de fondo: ¿Qué busca Estados Unidos en Vietnam? Al margen del interés circunstancial de ayudar a tal o cual gobierno, ¿qué es lo que explica que una gran potencia esté sacrificando, en un país tan apartado, decenas de miles de sus mejores jóvenes y miles de millones de dólares en equipo y materiales?

Con frecuencia se cree que ello es así, porque así es, por su parte, el imperialismo; porque el gobierno y los grandes consorcios norteamericanos, sobre todo estos, tienen intereses materiales en Vietnam y, en general, en el sudeste de Asia, que no están dispuestos a abandonar. Vietnam está situado en una de las regiones más pobladas y potencialmente ricas del mundo, "... la zona al sur del paralelo 17, al este de Birmania y norte de Australia, tiene alrededor de un millón y medio de millas cuadradas y cerca de 300 millones de habitantes. Sólo dos rivales luchan por su posesión: la revolución y el imperialismo norteamericano; y este no está dispuesto a ceder en su aspiración, por negligencia."<sup>25</sup>

La península de Indochina, concretamente, es rica en estaño, tungsteno, manganeso, carbón, hule, maderas y arroz. Los funcionarios de Washington comprenden muy bien, en realidad desde antes de que saliera el ejército francés, que la pérdida de tales territorios les afectaría seriamente en sus abastecimientos de estaño y tungsteno. Esto significa que los viejos móviles económicos del imperialismo están en juego. Está en juego el motivo de lucro, el deseo de asegurarse el control de ciertos recursos naturales, de obtener materias primas baratas, de hacer inversiones de capital, explotar

<sup>25</sup> L. Huberman y P. Sweezy, "Por qué, Vietnam", *Monthly Review*, Seleccionces en castellano, Santiago de Chile, pp. 12-13.

la mano de obra nativa y dominar mercados. "... el gobierno de Johnson —como ha dicho Bertrand Russell— existe para preservar la explotación económica y la dominación militar de pueblos sometidos por los magnates de la industria norteamericana y de su brazo militar."<sup>26</sup> Empero, a diferencia de otras aventuras del imperialismo, a estas horas parece claro que, al menos de inmediato, la defensa sólo de intereses económicos directos no es lo que esencialmente mueve a Estados Unidos. Aún sin tomar en cuenta las pérdidas en vidas humanas, lo que se gasta en pesos y centavos en la guerra excede con mucho a las ganancias actualmente obtenidas en Vietnam por los grandes monopolios e incluso a lo que, en las condiciones más favorables, podrían soñar obtener en el futuro. Los miles de millones de dólares lanzados a la hoguera de Vietnam, no son inversiones financieras que el imperialismo haya de recuperar, en forma de pingües ganancias de sus grandes corporaciones internacionales.

Tan cierto como que está gastando esas sumas enormes, es que no habrá de recuperarlas. Y si las perspectivas —digamos comerciales o financieras— de la guerra son tan oscuras e inciertas, ¿cuál es, entonces, el principal interés de Norteamérica? ¿qué es lo que subyace al apetito de lucro, que esta vez parece secundario? A nuestro juicio: la obsesiva y ya vieja actitud del imperialismo norteamericano de querer, a toda costa, impedir la transformación social del mundo y, en particular, de Vietnam y del sureste de Asia. Eso es lo fundamental, la esencia de la guerra de Vietnam, el elemento sin el cual no es posible comprender lo que ahí acontece. *The New York Times* lo advertía desde hace tres años: "El eje de la crisis no está realmente en Vietnam. La quintaesencia del problema es cómo derrotar la guerra revolucionaria. En cualquier otra parte de Asia y Africa seguiremos enfrentándonos al desafío de esta técnica."<sup>27</sup>

Estados Unidos sabe que el pueblo vietnamita está decidido a conquistar su libertad y por tanto, a pagar por ella la sangre que sea menester; comprende también que los sectores empeñados en preservar sus privilegios y en sostener el viejo orden social, son incapaces de hacer frente con éxito al impulso revolucionario. Hasta antes de Vietnam, parecía seguir teniendo validez aquella vieja

<sup>26</sup> B. Russell, "Llamado a la conciencia norteamericana", *National Guardian*, Nueva York, julio 30 de 1966.

<sup>27</sup> Nueva York, 3 de marzo de 1965.

fórmula según la cual, eran más bien las fuerzas subordinadas al imperialismo las que defendían las posiciones de éste en sus respectivos países. A veces, claro está, los papeles se invertían y, para enfrentarse a una crisis inesperada, el socio pedía la ayuda inmediata de la metrópoli. Ahora las cosas son diferentes, pero ni la presencia masiva del ejército metropolitano basta para apagar el incendio. Y no porque, como parecen creerlo algunos, la "técnica" empleada por el pueblo de Vietnam sea en sí misma invencible, sino porque la base de la estrategia imperialista sólo permite una política torpe, que se mueve en realidad entre el error y el crimen, y porque a ella se enfrenta un pueblo dispuesto a morir por su libertad.

¡Esta es la clave de la guerra de Vietnam! Desde hace más de dos décadas, el principal propósito de la política internacional de Estados Unidos es preservar el viejo orden social capitalista y los privilegios que el imperialismo ha logrado concentrar en beneficio de unas cuantas grandes potencias. El escenario de la lucha es cambiante: Grecia, en un momento dado, Corea en otro, el Congo, Cuba, las Filipinas, Indonesia, Santo Domingo y tantos otros. Pero los intereses en pugna son esencialmente los mismos: de un lado, viejos imperios deseosos de mantener y reforzar sus posiciones de dominio, y del otro, pueblos resueltos a liquidar ese dominio y rescatar su independencia. Vietnam es, sin duda, uno de los episodios más violentos y dramáticos de la política de "guerra fría", y al mismo tiempo, una de las páginas más vigorosas, conmovedoras y brillantes de la historia de la lucha de los pueblos por su liberación.

Como en ninguna otra parte a estas horas, allí se enfrentan el imperialismo y la revolución, la vieja sociedad que inexorablemente se acerca a su muerte y el nuevo orden de cosas que, como la vida misma, empieza a nacer y a desenvolverse pese a todos los obstáculos.

La guerra de Vietnam es una guerra revolucionaria por excelencia: no una guerra, como dolosamente lo sostiene el gobierno de Washington, entre Vietnam del Norte y Vietnam del Sur. No solamente es absurda y calumniosa tal versión, sino que, en un sentido estricto, no se trata siquiera de una guerra civil en la zona sur del país. En otro momento, cierto es, hubo guerra civil, hubo un enfrentamiento directo entre las fuerzas de liberación nacional y la vieja oligarquía que siempre estuvo al servicio de intereses extranjeros. Pero ese momento ha quedado atrás como una fase inicial del proceso, como un episodio que terminó cuando el ejército nor-

teamericano se convierte en la principal fuerza militar en el conflicto. A partir de entonces los contendientes son otros: el pueblo de Vietnam, —del norte y del sur— por una parte, y el imperialismo norteamericano y el gobierno espurio, que el propio imperialismo ha impuesto en Saigón, por la otra.

Ante tal situación, ¿cuál es la perspectiva a corto y largo plazo? En Estados Unidos, en particular, parecen destacar tres posiciones: una, desafortunadamente todavía minoritaria, según la cual ha llegado la hora de salir de Vietnam, de encontrar una fórmula para retirarse dignamente, de comprender que la prolongación del conflicto sólo habrá de significar más destrucción y sacrificios para ambas partes. Una segunda corriente de opinión que, esencialmente, postula la táctica de la "guerra local", o sea de que Estados Unidos sostenga su ejército y aún lo refuerce si es preciso, pero cuidando de no llevar las hostilidades más lejos. La tercera posición consiste, por su parte, en la de quienes, entregados sin reservas a la histeria, la violencia y la provocación, consideran que los tropiezos norteamericanos no son fruto del "escalamiento", sino de que esta política no se ha llevado hasta sus últimas consecuencias.

La primera corriente, o sea la que aboga en favor de la paz, gana terreno día a día en Estados Unidos. Tras de ella están centenares de miles de jóvenes que se rehusan a ir a pelear y morir en Vietnam en una causa que saben que no es y no sienten suya; están, desde luego, los padres de esos jóvenes, y con ellos millares de intelectuales progresistas, numerosas organizaciones vinculadas a minorías nacionales de origen puertorriqueño, mexicano, cubano, etc., ciertos sectores de la población negra y algunos grupos, hasta ahora todavía pequeños y aislados de obreros que, pese a la relativa prosperidad de que gozan, empiezan a comprender que sus mejores intereses no son ajenos a los que defiende el pueblo de Vietnam.

La segunda posición es la de ciertos sectores oficiales y fue, hasta hace unas semanas, la de McNamara. Consiste en hablar de paz y hacer la guerra, en dar la impresión de que Estados Unidos respeta los acuerdos internacionales y busca empeñosamente un entendimiento con el enemigo. Es una posición hipócrita, falsa, arrogante, que postula la necesidad de la paz y amenaza con el uso de la fuerza, que subraya la urgencia de negociar y sólo concibe el acuerdo como fruto de la rendición del enemigo, que se niega a reconocer el derecho del Frente de Liberación Nacional a sentarse a la mesa

de las discusiones y que obstinadamente insiste en que el único gobierno legítimo en la zona sur es el régimen pelele de Saigón.

Según la tercera posición, que fundamentalmente corresponde a los estrategas del Pentágono y que hasta ahora ha sido la más fuerte, todo lo que se requiere es intensificar la "escalada", llevarla adelante sin titubeos, dejar sentir el peso del poderío militar yanqui y no preocuparse por las consecuencias. Es la posición de Johnson quien todavía el día de ayer declaraba públicamente que, si es necesario, Estados Unidos enviará a Vietnam no sólo 50 000 sino 200 000 hombres más. Es la tesis dogmática y violenta, según la cual el intento de los pueblos de ser libres, de enfrentarse al colonialismo y al imperialismo y de adueñarse de su destino sólo debe tener una respuesta: la fuerza, la violencia, el napalm, la guerra y, si es menester, continuar el genocidio.

¿Significa todo ello, en consecuencia, que el curso futuro del conflicto de Vietnam ha de cambiar y que las derrotas del imperialismo habrán de convertirse en victorias? De ninguna manera. Que Estados Unidos ha causado ya terribles daños y que aún provocará mayor devastación, es indudable. Tan claro como que unos son los sueños de los agresores y otras serán las pesadillas a que la realidad los enfrente.

Estados Unidos es el país capitalista más poderoso, y su fuerza económica y militar es todo, menos desdeñable; Vietnam, en cambio, es una pequeña nación, cuyos habitantes producen al año mucho menos de lo que Norteamérica destina a acabar con la vida de uno solo de ellos. Si el conflicto fuese escuetamente un cotejo militar, el contendiente más poderoso resultaría vencedor. Pero creer tal cosa es quizás el más grave y burdo error del imperialismo. En Vietnam no luchan dos ejércitos profesionales: combaten por un lado un ejército invasor y mercenario y por el otro un pueblo agredido, cuya indignación se vuelve un manantial inagotable de capacidad de resistencia y fuerza creadora; combaten por una parte un viejo régimen, militarmente poderoso, pero moralmente prostituido y políticamente en decadencia, y por la otra millones de hombres, mujeres y aun niños, inspirados en los más altos y nobles ideales y que sienten que librar a su patria del invasor es una tarea sagrada.

La dialéctica de la guerra de Vietnam es compleja y al propio tiempo, si se quiere entenderla, bien sencilla. Frente a ella poco sirven las concepciones tradicionales o los balances mecanicistas me-

ramente cuantitativos. Subrayar que las armas empleadas por el ejército invasor son superiores, implica no entender que solamente lo son hasta el momento en que el pueblo las sustrae al enemigo y las vuelve *sus* armas.<sup>28</sup> Comparar los contingentes militares de uno y otro contendiente, lleva fácilmente a olvidar que el ejército de Vietnam es casi todo el pueblo y no una fuerza militar profesional. Repetir, en fin, consideraciones estratégicas convencionales, supone no tomar en cuenta que el enemigo a que Estados Unidos se enfrenta parece tener un verdadero don de ubicuidad, pues si bien suele estar donde en un momento dado se le supone, está a la vez en otro, al frente y en los flancos, en la retaguardia, en las posiciones estratégicas, incluso en la sopa y los zapatos del enemigo, como acaba de comprobarse en las, para muchos inesperadas, luchas callejeras de Saigón.

“Sin el respaldo de la población nativa —expresaba John F. Kennedy, después de un viaje a Indochina,— no hay posibilidad de éxito en uno solo de los países del sureste de Asia.”<sup>29</sup> En Vietnam, concretamente, no sólo falta ese respaldo, sino que el pueblo está entregado a la lucha contra el enemigo y tiene cada vez más confianza en el triunfo.

En su llamamiento del 17 de julio de 1966, Ho Chi Minh decía:

“Johnson y su camarilla deben comprender esto: pueden enviar 500 000 soldados, un millón o más, para acelerar la guerra, a Vietnam del Sur. Pueden enviar miles de aviones para intensificar los ataques al norte de Vietnam. Pero jamás serán capaces de quebrar la voluntad de hierro del pueblo vietnamita de combatir contra la agresión norteamericana y por la salvación nacional.”

El Dr. Nguyen Huu Tho, por su parte, después de que las fuerzas revolucionarias se habían enfrentado a un ejército profesional de 800 000 soldados, comentaba: “. . . el pueblo vietnamita ya puede afirmar que tiene plena capacidad para derrotar al ejército norteamericano y conquistar la victoria bajo cualquier circunstancia.”<sup>30</sup>

Creer que lo que a estas horas procede es subir uno o varios peldaños más en la peligrosa “escalada”, es solamente otra vana ilusión, tan vana como pensar que el verdadero dilema para los Estados Unidos es “seguir o salir”, cuando la verdad es que la táctica de “seguir adelante” puede ser simplemente otro camino que los

<sup>28</sup> Véase, al respecto: F. Greene, *ob. cit.*, p. 145.

<sup>29</sup> A. Schlesinger, *The Thousand Days*. Boston, 1965, p. 321.

<sup>30</sup> *Granma*, La Habana, 17 de julio de 1966.

obligue a salir, a menos que sea tal la trampa en que ellos mismos caigan, que en un momento dado no puedan siquiera librarse de ella. Al sugerir hace tiempo algún funcionario de Estados Unidos la conveniencia de llevar la guerra hasta China, el primer ministro Chou En-lai hizo un comentario que no es por demás tener presente:

“China —dijo— está preparada. Si Estados Unidos desata la guerra contra ella puede decirse con certeza que, una vez en China, no podrá ya salir de allí, no importa cuántos hombres y cuántas armas, incluyendo armas nucleares, utilice. Si los 14 millones de habitantes de Vietnam del Sur pueden enfrentarse a más de 200 000 soldados norteamericanos (y en estos momentos podría decirse a más de 500 000) los 650 millones de chinos podrán indudablemente enfrentarse a un ejército de 10 millones.”

Y no sólo los chinos y decenas de observadores medianamente objetivos, del tipo de Walter Lippman, consideran que la “escalada” puede resultar cada día más peligrosa para Estados Unidos y no para el pequeño Vietnam al que pretende amedrentársele con tal amenaza. El senador Mansfield, quien hace apenas unas semanas reconocía que “el vietcong es nacionalista: [y que] el gobierno de Saigón es débil porque no tiene el apoyo del pueblo,”<sup>31</sup> es autor de un “Informe sobre Vietnam” en el que, entre otras cosas, sostiene que la magnitud del ejército norteamericano puede crecer casi indefinidamente, sin que ello asegure la victoria. En otro documento similar, conocido como la “Carta Gavin”, el general del mismo nombre subraya: “Incrementar los bombardeos y bombardear Hanoi —o incluso Pekín— agravará nuestros problemas antes que aliviarlos . . .”<sup>32</sup> Podría afirmarse que, después de los tropiezos norteamericanos de principios de 1968 en varias ciudades y en la propia Saigón, se han multiplicado quienes creen en Washington que la política del “escalamiento” puede resultar a la postre suicida para Estados Unidos.

Todo ello parece confirmar que dicha política es más bien una que, paso a paso, está llevando a las fuerzas norteamericanas no a la

<sup>31</sup> Emilio Cartier, “La guerra que no debería ganarse”, *Excelsior*, México, 13 de febrero de 1968.

<sup>32</sup> James M. Gavin, “A communication on Vietnam”, *Harper's Magazine*, febrero de 1966.

victoria sino a la tumba. Esto, sin embargo, no significa que el triunfo para los pueblos que luchan por su liberación vaya a ser fácil. El imperialismo es conciente de que su derrota en Vietnam tendría consecuencias graves, y por tal razón se empeñará en evitarla; usará todos los medios a su alcance para aplastar la revolución y, aunque la coyuntura mundial y el carácter de la presente fase le son desfavorables, sería un error subestimar su fuerza después de lo ocurrido en Santo Domingo, Ghana, el Congo, Indonesia y otros países.

Y aquí es donde la causa de la solidaridad hacia el pueblo de Vietnam adquiere especial relieve. La suerte de la guerra va a depender, como hasta ahora, principalmente del esfuerzo, el sacrificio y el heroísmo del propio pueblo vietnamita. La ayuda que se le brinde, sin embargo, tiene gran importancia y debiera cada día ser mayor, no porque consideraciones humanitarias o siquiera el internacionalismo proletario así lo reclamen, sino porque a partir del momento de la agresión norteamericana a la zona norte de Vietnam, la ofensiva del imperialismo, inicialmente dirigida contra el movimiento revolucionario del sur, se ha vuelto una provocación directa contra el socialismo; contra el socialismo en Vietnam y donde quiera que esté. La solidaridad, por lo tanto, no puede ser una cooperación estrecha y convencional, basada en el sentimentalismo o en las formalidades protocolarias del derecho o la cortesía internacional, sino una actitud resuelta, racional, fraterna a la vez, que implique la toma de conciencia respecto a que el mundo en que vivimos es uno solo, a que la lucha que se libra en Vietnam es la misma que la de Brasil, Santo Domingo, Cuba, Guatemala o México, y a que, en consecuencia, lo que hagamos aquí, no importa cuan modesto pueda ser, contribuirá al mejor desenlace de la guerra en Vietnam.

¿Mas, como expresar nuestra protesta y dar forma a esa solidaridad? ¿Cómo estrechar los lazos de amistad con un pueblo desconocido, que vive tan lejos de nosotros, que habla otro idioma y que no ha tenido en el pasado ni tiene hoy relaciones con América Latina? Desde luego, habría una manera de hacerlo: la que podríamos llamar tradicional: recoger firmas, hacer colectas, enviar mensajes, pronunciar discursos, denunciar los crímenes de Estados Unidos y pedir su retiro inmediato de Vietnam, como condición *sine qua non* para poner fin a la guerra. Todo eso se puede y, a nuestro juicio, se debe hacer; y debe hacerse, no sólo como en otras ocasiones análogas, sino mejor. Pero la solidaridad a que el pueblo

de Vietnam tiene derecho, y que los demás pueblos tienen a su vez el deber de otorgarle, no puede quedar allí.

La concretización de nuestra ayuda a Vietnam no es fácil, y aun en el caso de volverla más definida y precisa, seguramente siempre será modesta y un tanto simbólica. Pero la solidaridad política más eficaz que no es, por cierto, la que pueda expresarse en nuestra cooperación directa, material o espiritual, al pueblo vietnamita. Si Vietnam está lejos, a miles de kilómetros de nosotros, el enemigo —que también es nuestro principal enemigo— está en cambio bien cerca; no sólo es nuestro vecino, sino que desde hace tiempo rebasó las débiles defensas fronterizas del norte y ha cruzado el desierto y penetrado en nuestra economía y en nuestra cultura.

Martí decía que había vivido en el monstruo y conocídale las entrañas. Parfraseando al apóstol cubano, los mexicanos de hoy podríamos afirmar que conocemos al monstruo porque vive en nuestras entrañas, y las ha desgarrado. El imperialismo, en efecto, el mismo imperialismo que invade Vietnam, está en el corazón y las arterias de nuestra vida nacional: en la minería y en la pesca, en la industria química y en los transportes aéreos, en las fábricas de automóviles y en los institutos de enseñanza superior, en las costas y el altiplano, en el tráfico comercial interno y en el comercio exterior, en las páginas de los diarios y revistas y en los cuerpos de vigilancia de la CIA y de la FBI.

La forma en que nuestros países dependen del imperialismo es cada vez más grave y compleja. Creer que la dependencia engendra fenómenos que se repiten mecánicamente, conduce a divorciarse de la realidad y a perder toda posibilidad de influir sobre su curso. Lo primero, en consecuencia, que es necesario saber con precisión, es dónde se encuentra y cómo actúa el enemigo, a qué fuerzas internas está ligado y qué tipo de relaciones mantiene con ellas, a cuáles se enfrenta y por qué, pues tales elementos son decisivos para forjar una estrategia y una táctica revolucionaria capaces de llevar a la victoria.

Y, ¿no será egoísta pensar en la conveniencia de llevar adelante nuestra propia lucha, en vez de ayudar en otras formas probablemente más eficaces al pueblo de Vietnam? De ninguna manera. Si bien la unidad de los pueblos dependientes que luchan por su plena liberación, —entre sí y con los países socialistas y las fuerzas más avanzadas de las propias naciones imperialistas—, es sin duda importante, lo principal es que cada pueblo avance por su propio

camino, que refuerce sus posiciones y gane terreno día a día, que se acerque a la conquista del poder político y movilice todo su potencial hacia una transformación social profunda, sin la cual siempre estará en condiciones fácilmente vulnerables frente al enemigo.

Reforzar la lucha revolucionaria en México y América Latina no sólo quiere decir enfrentarse al enemigo exterior sino también al de casa. Nuestra solidaridad hacia Vietnam no debe consistir en tratar de hacer llegar una ayuda material que, a la postre, no podremos siquiera reunir, ni tampoco en estar esperando, utópicamente, que las clases dominantes en nuestros países tomen posiciones honradas y abiertas en favor de una lucha revolucionaria que, seguramente lo presienten, a pesar de la lejanía geográfica pone en peligro sus intereses y sus privilegios. El hecho de que ningún gobierno latinoamericano, ni los gorilatos de Paraguay o Brasil ni los gobiernos civiles de México o Chile, haya hasta ahora denunciado la agresión norteamericana, es significativo. En el caso de estos últimos países, concretamente, muestra cuánto han cambiado las cosas de los años treinta a la fecha, de la época de Lázaro Cárdenas y el Frente Popular, a la etapa de la integración económica y la Alianza para el Progreso.

Pero lo más grave no consiste en que la clase gobernante de nuestros países, económica y políticamente cada vez más comprometida con los intereses extranjeros y con un imperialismo que, más que como agresor, es visto como comprensivo *acreedor*, no esté presente, sino que el pueblo no entienda todavía la estrecha relación existente entre lo que ocurre en Vietnam y el destino de su propia lucha. El que la burguesía latinoamericana no exija el respecto a la integridad territorial de Vietnam nada tiene de extraño, pues en realidad tampoco defiende el verdadero y más profundo interés nacional en sus propios países. Es un signo de que, si bien en otra etapa esa burguesía pudo haber sido nacionalista, a estas horas ha dejado de serlo y se ha convertido en una clase sin vigor y sin arresos, principalmente interesada en defender, en estrecha alianza con el imperialismo, el llamado "mundo libre", ese mundo de contrastes dramáticos de riqueza y miseria, de escasez y desperdicio, de luces y sombras, de explotación del trabajo y de las masas.

O sea que, así como los países socialistas pueden y deben enviar a Vietnam cada vez más medios materiales: alimentos, equipos industriales y agrícolas, materias primas y armas, pues en cuanto a hombres y mujeres valientes los vietnamitas se bastan a sí mismos;

nosotros, los mexicanos, los latinoamericanos, lo más importante que podemos hacer es reforzar nuestra propia lucha contra el imperialismo y contra los Ngos Dinh Diem y Caos Ky que, por desgracia, también padecemos en nuestros países.

“La paz —ha dicho Fidel Castro— es necesaria, pero la paz para todos, la paz para todos los pueblos; porque el resto de la humanidad no tiene derecho a vivir tranquilamente mientras perece en holocausto imperialista un país pequeño.”<sup>33</sup> En las palabras del comandante Ernesto Che Guevara: “los pueblos de los tres continentes observan y aprenden su lección en Vietnam. . . . atacar dura e ininterrumpidamente en cada punto de confrontación debe ser la táctica general. . . .”<sup>34</sup>

Sin perjuicio de exigir el retiro incondicional de las tropas norteamericanas; sin perjuicio de insistir en que, contra lo que a cada momento repiten los “halcones” de Washington, ese retiro no lesiona el prestigio norteamericano sino que es lo único que puede contribuir a devolverle alguna autoridad ante la opinión pública mundial, es necesario comprender que el ejército de Estados Unidos sólo saldrá de Vietnam cuando los hechos lo obliguen a ello. Las meras palabras, las demandas verbales, por legítimas y fundadas que sean, no lo conseguirán.

Cuba nos ha enseñado que cuando un pueblo se organiza y se lanza conciente y resueltamente a conquistar su independencia, su estatura se agiganta y los obstáculos que apenas la víspera parecían insuperables, se vuelven fáciles de rebasar. La lucha de Vietnam es otra gran lección en el mismo sentido. Si algo no se justifica hoy día en el enfrentamiento de los pueblos al imperialismo, es el derrotismo, y no porque el enemigo no sea poderoso, sino porque la causa que defiende, la causa del “mundo libre”, del viejo mundo en que los capitalistas confunden la libertad verdadera con la posibilidad de ser ellos quienes exploten libremente a los demás, es una causa perdida, una causa que, paradójicamente, sólo puede sobrevivir en tanto se sustente en otra de las libertades que el imperialismo se reserva para sí: la libertad de usar la violencia como su arma principal.

Los gorilas de Washington saben que la humanidad se acerca a su liberación. Saben que la lucha de Vietnam no es importada

<sup>33</sup> Discurso pronunciado en La Habana, el 3 de marzo de 1965.

<sup>34</sup> Mensaje a la Conferencia Tricontinental, *Granma*, La Habana, 23 de abril de 1967.

ni artificial: que tiene profundas y viejas raíces populares y nacionales y que la única intervención de fuerzas extrañas, esta sí violatoria de los más elementales derechos humanos, es la de Estados Unidos. Pero, llevados por el temor, el odio y la mezquindad, desesperadamente tratan de impedir la emancipación nacional, frustrar el avance del socialismo en las zonas liberadas y detener el curso de la historia. El capitalismo y el imperialismo están en peligro, en grave peligro de muerte, y a medida que su crisis se agudiza recurren a la violencia ya no sólo, como antaño, para extender sus dominios sino aun para lograr sobrevivir frente a un sistema social superior.

Tal es el significado profundo de lo que acontece en Vietnam y de que el imperialismo recurra, en sus relaciones con los demás pueblos, a medios bestiales que la humanidad suponía definitivamente proscritos para siempre. En Vietnam no está únicamente en juego la libertad de un pueblo o siquiera la suerte de unas cuantas naciones asiáticas. Se debate también el destino de los peruanos, los mexicanos y las naciones árabes; se debate el principio de la soberanía nacional y el derecho de los pueblos a la revolución.

Se equivocan quienes creen que el problema de Vietnam no es nuestro problema. Los principios son indivisibles y sólo valen cuando son plenamente respetados. Concebir el derecho de autodeterminación de los pueblos como algo cuya vigencia deba reclamarse cuando nuestros intereses más inmediatos estén amenazados y no cuando se lesione el derecho ajeno, es adoptar una actitud claudicante y débil, que a la postre sólo puede conducir a que tal principio sea pisoteado. Los valores que se defienden en Vietnam: libertad, independencia, respeto a la integridad territorial, derecho a la transformación social por vías revolucionarias, son también esenciales para garantizar nuestra supervivencia como nación.

En la defensa de esos principios hay que ser intransigente. Al imperialismo —decía alguna vez Fidel Castro— hay que enfrentarse con decisión, valientemente. "... a los imperialistas es necesario demostrarles que no se les tiene miedo . . ., los conocemos bien; sabemos que si no encuentran resistencia siguen y siguen: hoy una cosa y mañana otra; pero cuando encuentran resistencia firme se detienen..." "Sabemos... que les gusta matar impunemente y, por tanto... si quieren matar, que mueran también."<sup>35</sup>

<sup>35</sup> Discurso ya citado del 3 de marzo de 1965.